



 Una pregunta
para Elena Marga
Durá

Una
pregunta
para Elena

Marga
Durá

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1618

© Margarita Durá Sebastián, 2023

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary & Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-233-6395-7

Depósito legal: B. 15.152-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Mañana del miércoles 21 de mayo de 1952

Rojo. El vestido, el carmín y la gota de sangre que asoma por la comisura del labio de Elvira.

—Límpiate —ordena Antonio mientras le tiende un pañuelo, arrepentido por no haber calculado la fuerza de la bofetada que le ha asestado.

Ella lloriquea más fuerte que antes del golpe y él desliza la mano por sus entradas engominadas, ladeando la cabeza.

—Elvira, es que me pones de los nervios —se disculpa crispado.

—Perdona. Es que no sé qué vamos a hacer si no puedo trabajar.

Él tampoco lo sabe, pero no quiere volver a la cárcel. Y el inspector Soto Mayor ha sido muy claro: tiene que retirar a sus chicas de la calle. ¿Por cuánto tiempo? Ni se sabe. De momento, hasta que acabe el XXXV Congreso Eucarístico. Todo el mundo anda loco con esa celebración del catolicismo, que marcará una nueva etapa para Barcelona y para España y que acabará con los sinsabores del pasado. Incluso los menos devotos se enorgullecen de que el clero internacional haya escogido su ciudad. La decisión de su-

primir las cartillas de racionamiento ha convencido a los más reticentes. Se habla de milagro, de progreso, de moralidad, de patriotismo y de oportunidad de negocio.

Para Antonio todo eso son paparruchas. Aún falta una semana para que se celebre y durará otra más. Quince días sin un duro. Además Soto Mayor tampoco le ha dado garantías de que después la cosa mejore, pero se lo calla, no vaya a ser que las chicas vuelvan a sus casas o se busquen un trabajo decente. Aunque eso sí que sería un milagro.

Antonio se ha mordido la lengua ante el policía, pero Cosme, el dueño de la pensión por horas, ha relinchado cuando Soto Mayor le ha informado de que tendrá que ceder las habitaciones a los curas sin percibir compensación alguna.

—Y las quiero bien limpias —ha rubricado el inspector antes de irse—, que no quede ni rastro de sus antiguas... inquilinas.

Soto Mayor tenía la orden de limpiar la ciudad antes del Congreso Eucarístico. O lo que es lo mismo: meter en la cárcel a la gente de mal vivir. Pero como Antonio y Cosme le caen bien, se han librado. Y como si no tuviera bastante trabajo, sus superiores le han encargado a última hora que encuentre alojamiento para los curas. Las pensiones por horas y los prostíbulos han sido la única alternativa en una ciudad que no va sobrada de hospedaje.

Al inspector esos bichos vestidos de negro le recuerdan a las cucarachas de su casa: se multiplican por encima de cualquier lógica matemática.

—Pero no entiendo... —le ha comentado su mujer—. ¿No habían construido las Viviendas del Congreso Eucarístico para hospedar a la curia?

—No han llegado a tiempo de acabarlas. Ya sabes cómo van las cosas en este país. Y ya me ves a mí vaciando pensiones y burdeles para alojar a las sotanas que vienen de quién sabe dónde. Porque por los nuestros, lo que sea. Pero los de fuera no tendrían que ser asunto mío.

La esposa ha resoplado.

—No me gusta que tengas trato con esas mujerzuelas —ha protestado haciendo un mohín.

—Ya sabes que yo solo tengo ojos para ti —ha contestado él zalamero.

Pero miente. Porque sus ojos se empachan cada semana de la abundante carne de Elvira. Por esa razón, la chica, tras reponerse de la bofetada, le ha propuesto a su chulo:

—¿Y si hablo yo con Soto Mayor y le pido que haga la vista gorda? Ya sabes que soy su ojito derecho y tal vez me haga caso...

La mano de Antonio ha contestado por partida doble: una del derecho y la otra del revés. Pero no muy fuerte porque está cansado. Elvira no ha llorado, pero se ha repetido para adentro lo de siempre: que a la que pueda se larga bien lejos.

Dos horas después, Antonio, Elvira y cinco muchachas más inician su peregrinación desde las Ramblas. Él va delante y ellas detrás, desplegadas como la cola de un pavo real. Los rayos del sol de media tarde les agrietan el maquillaje, resaltan los zurcidos y descubren los michelines. El día es mucho menos benévolo con sus defectos que la noche.

—¿Adónde vamos? —le pregunta Ana a Elvira.

—Creo que Antonio nos lleva a casa de su tía, en Mataró —contesta ella con desgana, disgustada porque detesta que la saquen de su hábitat natural.

—Menos cháchara, que perdemos el tren —atrue-
na Antonio, y todas renquean más rápido sobre sus
tacones.

~

Eleonora, Ramona y Berta nunca han llevado tacones ni han pisado Barcelona ni han cogido un tren. Si no fuera por el Congreso Eucarístico, difícilmente hubieran abandonado la fría planicie de su pueblo aragonés. Cuando bajan del vagón y se cruzan con Antonio y sus acompañantes, dan un respingo al mismo tiempo y entierran la vista en el pavimento de la estación de Francia. Ellas también han salido de su hábitat y resultan exóticas para el resto de los pasajeros, que las identifican al primer vistazo como pueblerinas. Aunque lucen sus vestidos de domingo, su ropa es tosca, y sus andares precavidos desentonan con la prisa de la ciudad. Algunos las observan con curiosidad, otros con desdén y la mayoría con una chispa de indulgencia, que se consume rápidamente, pues tienen cosas más importantes que hacer.

Berta lo mira todo y a todos: un niño llorón vestido de marinero al que su madre arrastra por los pasillos, un mozo muy bajito —que resulta aún más bajito al compararlo con el carro de maletas que empuja—, señores con traje, señores con boina, señoras con mantilla, señoras con sombrero, tres jóvenes de su edad que caminan cogidas del brazo. La chica se queda inmóvil, con la boca ligeramente entreabierta, contemplando el imponente arco de la estación, un prodigio de hierro y cristal, y le recorre un escalofrío de solemnidad hasta que Eleonora le tira del brazo camino al vestíbulo. Allí tampoco le permite detenerse, y ella mueve la cabeza

de un lado a otro, fotografiando con la mirada el lugar más lujoso que ha visto en su vida mientras Eleonora les dice:

—En casa de mi prima os tenéis que comportar como buenas chicas católicas para que vea lo bien que os he educado. Ya os he dicho que ella es una persona muy importante, que trabaja en la radio..., ya sabéis con quién. —Levanta la ceja con complicidad—. Ha hecho mucho acogiéndonos y no quiero que le ocasionéis ninguna molestia. Y sed respetuosas con su hija Gabriela, que, pese a ser muy joven, es una reconocida locutora de radio. Dicen que es muy piadosa..., un ejemplo a seguir.

Ramona, que tiene doce años, asiente obediente, y Berta, de veinte, lo hace cansada, pues esa es la letanía que lleva repitiéndoles durante semanas y se la sabe de memoria. Eleonora se repite mucho. No mires así, que pareces descarada; no preguntes tanto, que la curiosidad es un defecto muy feo en una jovencita; no hables con esa persona, que mis razones tengo para prohibírtelo; y, sobre todo: el pasado no se debe remover. Esta es la frase que más detesta. Porque Eleonora no es su madre; ella es huérfana, y cada vez que pregunta qué pasó con sus padres, cómo murieron, cómo eran, por qué la adoptaron, se topa con la muralla de esas seis palabras que no significan nada, pero que de tanto repetirlas parecen contener una respuesta. El pasado no se debe remover. Ella quiere removerlo. En su casa, en el pueblo, en todas partes, nunca se habla del pasado. Eso lo ha aprendido desde pequeña, pero cada vez le irrita más ese silencio y le cuesta más callar y no preguntar.

—¿Crees que tía Úrsula podrá presentárnosla?
—pregunta.

Eleonora suspira.

—Ojalá, Berta, pero déjame a mí que lo hable con ella y sobre todo no preguntes, que parecerás una descarada.

Eleonora y Berta han acudido al congreso guiadas por su fervor religioso, sí, pero tras él se esconde un deseo más mundano: las dos tienen una intención oculta que nació cuando supieron que Úrsula, la prima de Eleonora, trabaja con la doctora Elena Francis, la protagonista del consultorio femenino con más audiencia de España, y eso es tanto como decir que conoce a la mujer más famosa del país.

No hay día en que no escuchen su programa, comenten las cartas en las que las oyentes plantean sus dudas, elogien las respuestas y las conviertan en el tema de conversación con sus conocidas. Al principio, las consultas solo trataban temas de belleza, ya que su admirada doctora dirige un gabinete estético, un centro puntero que promociona desde la emisora. Además de hablar de los tratamientos, también brinda trucos caseros para las que no pueden permitirse acudir a su consulta. Pero después la cosa se puso más interesante. Las preguntas fueron evolucionando, y de cómo librarse del vello facial se pasó a cómo reconquistar a un marido infiel, y de cómo hacerse un cardado perfecto a la mejor forma de enderezar a una hija díscola. La belleza perdió el pulso ante los deshinchados que las muñecas de trapo de toda España querían remendarse.

Eleonora y Berta no lo dicen, pero llevan semanas ensayando mentalmente un encuentro con la famosa mujer en el que le plantearían sus preocupaciones y en el que ella arreglaría milagrosamente sus problemas, porque la fe que le profesan a la doctora Francis

a ratos supera a la que depositan en el Congreso Eucarístico.

~

A Úrsula no le apetece demasiado recibir a sus familiares del pueblo, pero es mucho mejor eso que tener que acoger a cualquier congresista desconocido, como les ha tocado hacer a la mayoría de sus amigas; y es que cualquier barcelonés tiene el deber moral de alojar a los congresistas que acuden desde todas partes del mundo. Ha aceptado la obligación como buena cristiana e imposta alegría cuando las abraza en la puerta de su lujoso piso del paseo de Gracia.

Conserva recuerdos nítidos de su niñez con Eleonora, cuando veraneaba en el pueblo de la abuela y eran inseparables. Úrsula, entonces, era el blanco de las burlas de los críos del pueblo: una repipi de ciudad que no corría por la orilla del río para no ensuciarse los zapatos. Su prima le enseñó a correr descalza, a trepar a los árboles, a ordeñar vacas. La primera vez que el chorro lechoso repiqueteó contra el balde se rio como si le estuvieran haciendo cosquillas. Eleonora fue su guía en aquellos veranos vivos y salvajes.

Hace más de veinticinco años que no la ve. La correspondencia en fechas señaladas ha sido el único nexo entre ambas. Y también algunas cartas más personales que le envía Eleonora para pedirle consejo cuando anda un poco perdida, porque confía ciegamente en el criterio de su prima. Así fue como supo que había adoptado a Berta, pese a que ella le recomendó que no lo hiciera. Esa fue de las pocas ocasiones en las que Eleonora no siguió sus recomendaciones.

Le cuesta reconocer a su prima, que había sido una niña vivaz y traviesa, en la piel apergaminada por el sol de la mujer que tiene enfrente. Fija sus ojos en Berta y no le gusta lo que ve: una belleza explícita y vulgar que solo puede acarrear problemas, concluye.

—¿Y Berta está comprometida? —pregunta a su prima cuando se quedan a solas en la habitación de invitados que ha preparado para Eleonora y su esposo, Sebastián, que llegará el martes.

Después de charlar de trivialidades, la anfitriona la ha conducido allí, y la invitada se ha quedado boquiabierta admirando la lujosa estancia. Nunca había visto un armario tan imponente como el de madera de nogal que cruza la pared y tampoco se acaba de creer que esa noche vaya a dormir en una cama con dosel. De hecho, le da un poco de miedo que se le caiga encima. Todo le parece tan irreal que a ratos se marea como si navegara en alta mar. Sin el frío adherido al cuerpo y sin el olor rancio de su hogar, ha perdido el rumbo y zozobra. Si al menos Sebastián estuviera allí...

Traga saliva antes de responder y se encoge un poquito. A Eleonora no le gusta hablar, porque odia ser el centro de atención y, sobre todo, porque tiene una voz que la avergüenza. Es aguda y hace gallos, como si estuviera permanentemente afónica. Está convencida de que no es una manía suya, por cómo la miran cuando abre la boca en público. Con sorna, incluso con desdén. Por eso lo evita a no ser que esté con su familia, pero ahora no le queda otro remedio.

—No, bueno, tiene un pretendiente, pero, no sé, no la veo muy convencida —musita muy bajito intentando definir una situación que desconoce.

—La reputación es muy importante. Y en el caso

de Berta, con su historial familiar, aún más, ya sabes...
—carraspea Úrsula incómoda porque su prima la mira sin entender.

La mujer es menuda, nerviosa y empieza las frases a medias. Le molesta que sus interlocutores no sigan el hilo de sus pensamientos, y a modo de protesta frunce los labios hacia afuera como un pato. Eleonora interpreta por el gesto que ha importunado a su prima y se apresura a responder:

—Sí, por supuesto, prima. Su pretendiente, Roque, es el hijo del propietario del quiosco del pueblo y lleva intenciones formales. Pero no veo que Berta muestre mucho interés, sospecho que ha pasado algo entre ellos últimamente...

Úrsula mueve la cabeza de lado a lado con desaprobación.

—¿Y qué espera esa chica? Es muy buen partido para ella.

Eleonora se encoge de hombros.

—Pues no sé. Berta aún es joven y, además, tiene algo..., no sé cómo explicarlo. Es muy lista, y a veces parece que el pueblo le quede chico.

Lo dice con cariño, pensando en la madre de Berta y en todo lo que pasó. Hay algo que la joven comparte con su madre y no es solo la belleza. Es una cualidad etérea que la hace planear sobre los demás sin que ella sea consciente. A Eleonora le provoca el deseo de impulsarla para que vuele más alto, pero sabe que es peligroso, como lo fue para su madre.

Úrsula frunce los labios de nuevo.

—¡Tú eres una buenaza! —espeta sin asomo de halago—. Las mujeres tenemos que obedecer la voluntad del Señor. Si él nos ha colocado en un lugar, es pecado contradecir sus designios. Y si esta chica no

es capaz de aceptarlo, tendremos que ayudarla enderezándola.

—No, prima, no me malinterpretes, por favor —responde Eleonora azorada—. Ella nunca ha dicho nada, son solo ideas mías; no me hagas caso.

Pero Úrsula ya le ha hecho mucho caso:

—A veces hay que tomar decisiones... porque, aunque nos resulten difíciles, son las correctas —dice siguiendo de nuevo el hilo de unos pensamientos que no ha verbalizado—. Te lo digo porque yo en el Patronato de Protección a la Mujer cada día veo a chicas que han arruinado su vida.

—¿Trabajas también ahí? —interrumpe la otra, impresionada.

Eleonora conoce el Patronato de Protección a la Mujer, una institución muy prestigiosa, que dirige la mismísima Carmen Polo de Franco, la esposa de Francisco Franco, y que ayuda a que las mujeres no caigan en la degeneración moral. Sabía que Úrsula colaboraba con asociaciones caritativas, pero no contaba con que lo hiciera con una de tanta categoría.

—Sí, de voluntaria. Alguien tiene que hacer algo por esas desdichadas, y tenemos la suerte de contar con esta organización para ayudarlas. A muchas no nos queda otra que recluirlas en conventos para apartarlas del mal camino. Son manzanas podridas y si no arrancamos esa podredumbre, infectarán al resto.

Eleonora asiente.

—¡Cuánta razón tienes! ¡Hablas tan bien como la doctora Elena Francis! —elogia maldiciendo el gallo que le ha salido al concluir la frase.

Úrsula sonrío:

—Esa mujer está haciendo mucho por todas. Es nuestra guía moral —asevera con orgullo.

—Es cierto. Nunca nos perdemos su programa. ¿Crees... —titubea Eleonora—, crees que sería posible conocerla en persona?

La mirada de Úrsula fulmina a Eleonora.

—¡Por favor, prima! —exclama contrariada—. Es una mujer ocupadísima. Dirige su propio instituto de belleza, contesta diariamente siete cartas en su consultorio de la radio y, además, responde personalmente a todas esas almas perdidas que le escriben porque necesitan que alguien les indique el camino correcto... ¿Tú sabes el trabajo que significa eso? Llegan centenares de cartas, y ella les envía una respuesta personal a cada una de ellas. ¿Cómo va a perder el tiempo atendíendote?

—Disculpa —sisea Eleonora decepcionada.

Su desgracia se espesa con la vergüenza y le deja la boca tan pastosa que de nada sirve que trague tres veces saliva. No sabe qué hará si no puede conseguir el consejo que tanto necesita, porque ella no va a escribir una carta. Si la radiaran o le enviaran una respuesta a su domicilio, todo el mundo sabría que tiene un problema. A saber qué dirían, y a ella no le ha gustado nunca dar que hablar. Pero ahí está el problema y es acuciante.